

## Los días eternos

Los magallánicos estamos acostumbrados a gozar de los atardeceres interminables en los meses de diciembre y enero de cada año, cuando en la lejanía del sur se pierden cada noche los últimos rayos de luz del día, que parecen poesía con la mezcla de la nubosidad que la entorpece y que procura opacar.

Situación muy especial que deja impresionado a cuanto visitante pasa por estas tierras y que recrea desde las ventanas o en el ruedo de un buen asado campestre, pues es raro que a medianoche aún podamos vernos las caras con esa menguada brilloridad.

Día eterno que no se acaba con la llegada del nuevo día, pues los rayos de luz que se pierden por una parte, comienzan a forjar las del nuevo amanecer en los primeros roces que se posan sobre la isla Dawson, dando lugar a una nueva jornada. Es decir, la noche en su oscuridad plena, nunca llega, lo que es más relevante aún.

En el paso de los buques de antaño, mientras se acercaban al extremo austral para bordear el Cabo Froward y seguir a sus destinos finales, debe de haber causado gran expectación entre los pasajeros tan majestuoso espectáculo y, sin duda, habrá sido auspicioso para los capitanes, pues se aseguraban de seguir curso de navegación sin mayores contratiempos.

El día eterno acompañaba también a los pueblos originarios y las formaciones nubosas con su multiplicidad de formas y colores a la distancia, deben de haber originado más de una historia que pasaría a formar parte de sus culturas.

Por el contrario, y como contrapunto, la noche eterna del invierno les habría dado coraje y medida en sus desplazamientos. Bajo cualquier condición navegar a oscuras por los canales debe de haber sido riesgoso, y donde deberían de haber estado atento a las rompientes de las olas sobre las rocas para no encallar en una de ellas.

Como antes, tal condición nos llena de satisfacción onírica. Las serranías a la distancia dibujan un territorio que se invita a explorar, a recorrer y a maravillarse. Mientras más despejado sea el horizonte, mayores serán nuestras añoranzas y la vista generará impresiones difíciles de olvidar.

Magallánico, goza de los atardeceres del verano como si fueran de una película que tiene mil finales.